



EDMUNDO PAZ SOLDÁN



**Temblor-del-cielo  
y otros cuentos**

---

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA DE AMÉRICA LATINA

Enrique Graue Wiechers  
*Rector*

Jorge Volpi  
*Coordinador de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*

Carolina Domínguez  
*Voz Viva*



VVAL - 49

Primera edición en CD, diciembre 2019

DR © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México,

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán. C.P. 04510,

Ciudad de México.

ISBN de la serie 970-32-2745-7

ISBN 978-607-30-3489-0

"Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales."  
Impreso y hecho en México.

---

EDMUNDO PAZ SOLDÁN

**Temblor–del–cielo  
y otros cuentos**

Presentación  
Alberto Chimal



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



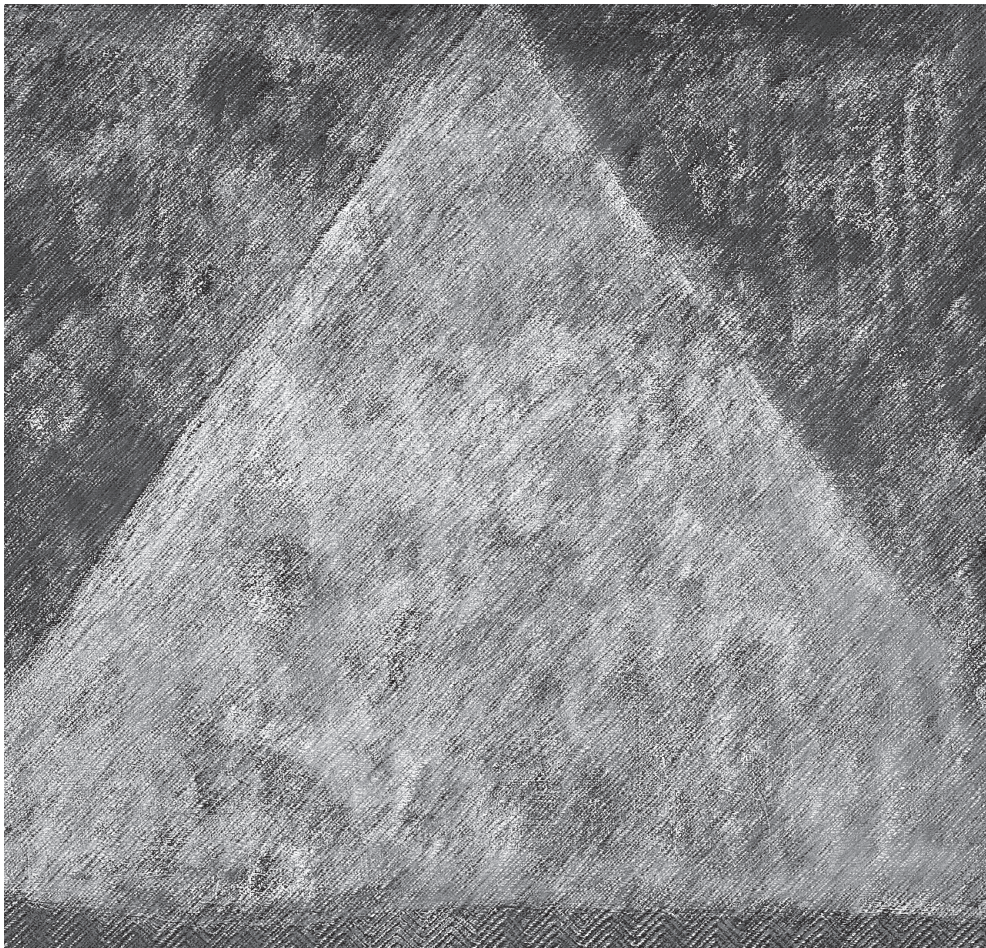
**Edmundo Paz Soldán.** Nació en Bolivia en 1967.

Es escritor y profesor de literatura latinoamericana en la Universidad de Cornell. Es autor de doce novelas –entre ellas *Los vivos y los muertos* (2009), *Norte* (2011), y *Los días de la peste* (2017)– y cinco libros de cuentos –entre ellos *Las visiones* (2016) y *Desencuentros* (2018)–. Sus obras han sido traducidas a doce idiomas y ha ganado el premio Juan Rulfo de cuento (1997) y el Nacional de Novela de Bolivia (2002).



Fotografía de Isabel Wagemann.

**Alberto Chimal.** Nació en Toluca, Estado de México, en 1970. Es escritor y profesor. Entre otros reconocimientos, en 2002 obtuvo el Premio Nacional de Cuento y en 2014 el Premio de Narrativa Colima; en 2013 su novela *La torre y el jardín* (Océano, 2012) fue finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, y en 2019 su libro para niños *La Distante* (El Naranjo) recibió el premio internacional de la Fundación Cuatrogatos. Ha escrito novelas como *Los esclavos* (Almadía, 2009) y *La noche en la zona M* (2019), así como una veintena de libros de cuentos, de los que el más reciente es *Manos de lumbre* (Páginas de Espuma, 2018). Mantiene el sitio web [www.lashistorias.com.mx](http://www.lashistorias.com.mx) y un canal de divulgación en YouTube con su esposa, la escritora Raquel Castro.



---



CONTENIDO

PRESENTACIÓN	
ALBERTO CHIMAL	9
DEL LIBRO <i>TIBURÓN. UNA ANTOLOGÍA PERSONAL.</i>	
IMÁGENES DEL INCENDIO	15
LA FRONTERA	19
AMOR, A LA DISTANCIA	21
EL ACANTILADO	31
TEMBLOR-DEL-CIELO	35
ARTIFICIAL	45





---

PRESENTACIÓN  
ALBERTO CHIMAL

Tengo que empezar este prólogo haciendo un poco de historia. Prometo a quien esté leyendo que llegaré a donde debo llegar.

Si un lector apasionado de literatura latinoamericana del siglo xx apareciera de pronto en nuestro presente –si hubiera dormido cincuenta años al estilo de Rip Van Winkle, o usado una máquina del tiempo para abandonar su propia época– se sorprendería de que nuestra región está, al menos en lo que hace a sus escritores, elevándose... a los niveles que tenía hace medio siglo. El reconocimiento que tienen libros, autoras, autores de nuestra actualidad en el mundo no es escaso, pero tampoco ha sido sostenido. Durante décadas, digamos entre los años setenta y los primeros del siglo XXI, las literaturas (y en especial las narrativas: los cuentos y novelas) de nuestros países tendieron a aislarse unas de otras y a oscurecerse, con escasísimas excepciones, de la percepción global. Las crisis económicas y la inestabilidad política que padecemos en ese tiempo llevaron a que



editoriales locales venerables colapsaran o fueran absorbidas por grandes consorcios internacionales; la globalización de los años noventa no llevó a un mundo de relaciones más abiertas e igualitarias, sino a una situación de desventaja aún mayor para nuestras *industrias culturales*, que hasta el día de hoy están subordinadas en buena medida a lo que dictan las empresas y países más poderosos.

Todo el progreso realizado últimamente, de hecho, ha sido *a pesar* de esos poderes fácticos, y no gracias a ellos: editores, lectores y autores han tenido que encontrar nuevas maneras de relacionarse y comunicarse entre sí para crear públicos nuevos, superar prejuicios y crear literaturas que puedan decirnos algo nuevo acerca de la vida contemporánea. Para lograrlo, algunas personas decidieron concentrarse en lo más cercano e inmediato, ignorar todas las ideas preconcebidas acerca de “lo latinoamericano” y valerse de todos los medios a su alcance (les sirvió mucho la tecnología de internet, sobre todo en sus primeros años) para superar barreras y hacer conexiones nuevas mediante su escritura; otras, en cambio, tuvieron la oportunidad viajar por el mundo no sólo virtual sino físicamente, repitiendo los trayectos que hicieron famosos a autores de generaciones



anteriores, y eligieron hacerlo de un modo más radical: mudarse para dar a conocer su trabajo más allá de la región, pero también regresar con noticias del exterior. Ir y venir.

Y con esto llego a donde debía, porque (desde luego) el boliviano Edmundo Paz Soldán es un escritor singular que pertenece, a la vez, a los dos grupos anteriores. Nacido en 1967, a Paz Soldán le tocó vivir el comienzo del eclipse de la literatura hispanoamericana, y también ser uno de los primeros que lo ha combatido con éxito. En el proceso se convirtió en un crítico cultural, un profesor universitario –dicta clases en la Universidad de Cornell– y uno de los narradores más interesantes del idioma castellano.

Para entender sus logros se puede usar una palabra inventada por el tijuaneño Rafa Saavedra, otro gran autor nacido en el 67: *glocal*. *Global* y *local*: lo es quien abarca el mundo desde su propia casa, quien es capaz de relacionarlo todo –su experiencia entera de lo real– con lo que sucede en su calle y en su cabeza. Paz Soldán puede escribir lo mismo de su Cochabamba natal que de Nueva York, de los lugares-sin-lugar de la vida contemporánea, de las fronteras reales o imaginarias entre los ricos y los



desposeídos (*Norte*, una de sus mejores novelas, se desarrolla precisamente en el límite entre Estados Unidos y México, cuyas tribulaciones podríamos reconocer más en este país que no siempre mira con afecto a quienes más lo necesitan). Más todavía, su trabajo es capaz de saltar entre estilos y “géneros”, esas clasificaciones casi siempre mercantiles, casi siempre traídas del mundo de habla inglesa: tiene obras costumbristas, estrictamente observadas, al lado de otras que emplean la ficción especulativa para imaginar otros mundos o, por lo menos, otros aspectos, otras posibilidades, aún no realizadas, de nuestro propio mundo. (Esto se ve en *Las visiones*, una de sus mejores colecciones de cuentos: un viaje cósmico en más de un sentido, que actualiza la *science fiction* del siglo pasado y confirma que los hispanoamericanos también podemos, y merecemos, contribuir a imaginar el futuro de la especie humana.)

De hecho, si el lector del siglo XX al que me referí al comienzo de este prólogo se encontrara con Edmundo Paz Soldán, probablemente podría convertirse en fuente de información para varias narraciones totalmente distintas entre sí: Paz Soldán le preguntaría cómo se ve (¿se veía?) la situación de su tiempo y qué se siente desplazarse por dimensiones



superiores del espacio. Y todo lo investigado lo utilizaría para explorar aspectos profundos de la vida humana desde nuestra propia época de incomodidad e incertidumbre.

La selección que se puede leer y escuchar aquí es de cuentos: narraciones breves tomadas de diversos libros y periodos. Ofrece temas diversos y en diversas escalas, desde relaciones de pareja hasta vida en otros mundos, pero uno de sus rasgos en común es la precisión. El cuento es una especialidad difícil cuando hace falta condensar mucha información en pocas palabras, pero sus grandes practicantes son capaces de redactar de manera *profunda*, con palabras y frases que se llenan de sentido, se amplifican en nuestra imaginación y nos dejan la impresión de que hemos leído mucho más, visto mucho más. Así sucede aquí.

Y otro rasgo en común de todos los textos es lo sorprendente de los argumentos: no es sólo que varios de ellos tienen finales realmente inesperados (no se preocupen, no les diré cuáles), sino que todos colocan a sus personajes en situaciones que van contra nuestras ideas preconcebidas de lo que podría sucederles. Al hacer esto, por extraños que puedan ser sus escenarios o los hechos que cuentan, se parecen muchísimo a la



vida, y nos invitan a esperar la revelación: el otro aspecto de las cosas, el detalle inesperado que nos conmueve y nos hace comprender, al menos brevemente, de una forma distinta.  
Y comprendernos.

Alberto Chimal  
*México, febrero de 2020*

---

DEL LIBRO *TIBURÓN. UNA ANTOLOGÍA PERSONAL.*  
IMÁGENES DEL INCENDIO

El incendio comenzó por la madrugada y se propagó con una furia incontenible por los pastizales secos que había dejado un verano sin lluvia por las colinas de Barranco; a las diez de la mañana se ordenó la evacuación de todo ese sector residencial de clase media-alta. Al mediodía, ante el esfuerzo casi inútil de bomberos no preparados para contener un fuego de semejante magnitud, comenzaron a arder las primeras casas que por décadas y décadas se habían erguido, ostentosas y sin humildad alguna, en barrios, con la ciudad a sus pies por un lado, y por el otro el mar.

Era un espectáculo fascinante. Mi hermano y yo lo mirábamos por CNN, que desde la madrugada transmitía todos los pormenores en vivo. Hermosas escenas de perros y gatos atrapados por el fuego, entrevistas a desesperados burgueses llorando las fotos de familia incineradas y el desaparecido hogar construido a base de “tanto sacrificio” tomas dramáticas de bomberos intoxicados y de reporteros arriesgando la vida en aras de servir a la población, interrumpidas sólo por los comerciales: la regocijada



señal de que ni siquiera las catástrofes detenían la marcha incesante del comercio.

Mi hermano había encendido el televisor temprano y había buscado CNN sin dilaciones: era un adicto a las noticias. Siempre afirmaba que las crueles y a la vez inofensivas imágenes de la realidad en CNN eran su telenovela, una telenovela mejor que cualquier otra. “Doscientos muertos en un terremoto en India: detalles en ocho minutos. ¿Quién asesinó a esta madre soltera? Descúbralo a las siete.”

Yo salía de la casa cuando, desde una cámara en un helicóptero, me atrapó la panorámica imagen de Barranco rodeado por el mar y el avance del fuego. Una imagen hipnótica que conmovía también al reportero describiendo la escena con gastados superlativos que, gracias a una voz quebrada por la emoción, aparecían dignos, recubiertos de originalidad. Me senté al lado de mi hermano. No había nadie más en la casa. Mis padres y Eugenia ya se habían ido.

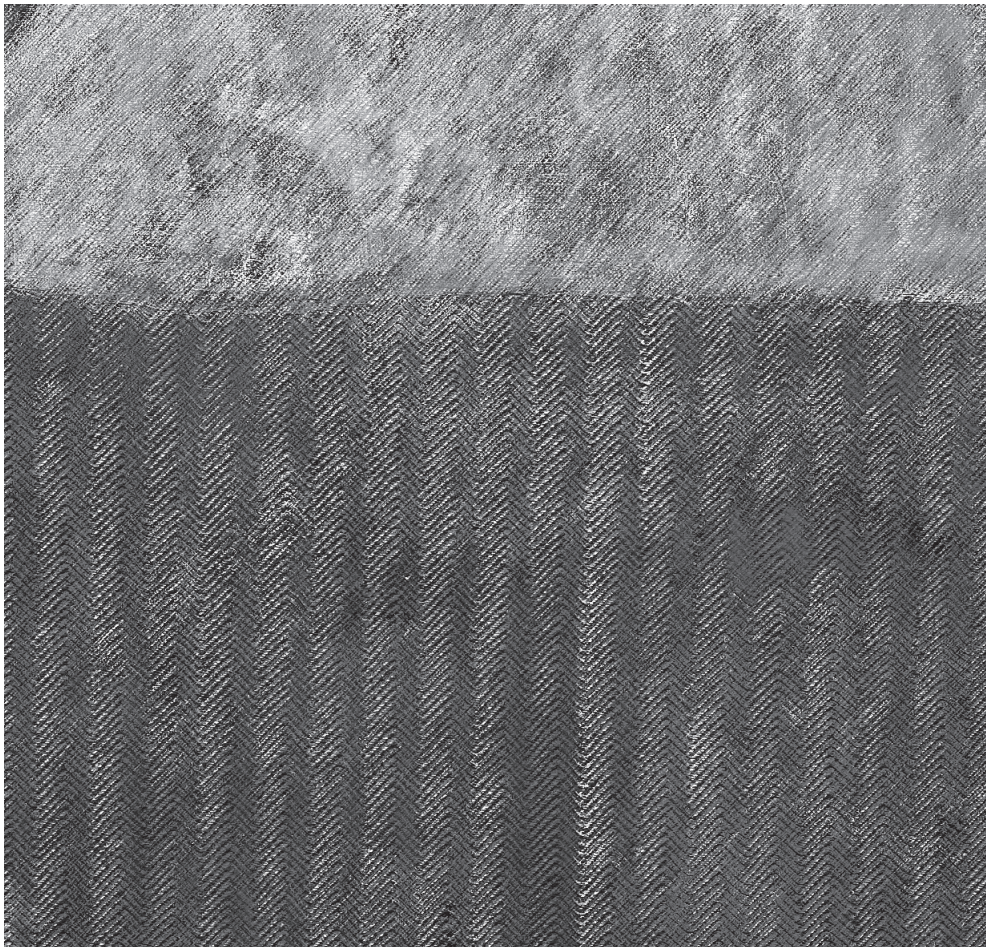
Después de un buen rato, recordé lo que sucedía y me quise ir. Se lo dije a mi hermano, pero no me escuchó, absorbo como estaba en la casi mística contemplación de las imágenes. Me levanté, y entonces vi la toma





de la hermosa casa blanca al borde del acantilado, y el fondo azul y celeste del mar y el cielo divididos por la raya del horizonte; un rápido corte, y entonces vi las llamas dando fin con el pasto y los árboles del elegante jardín de mi casa. Me volví a sentar.

El periodista informó que se creía que todos los habitantes de la casa ya la habían evacuado. Yo sabía que estaba equivocado.



---



---

## LA FRONTERA

A la entrada de la mina La Frontera, que creía abandonada, se hallan dos hombres. Tienen el rostro terroso, apariencia de mineros en la vestimenta desastrada, y pancartas en alto condenando el cierre de minas decretado por Paz Estenssoro. La escena me parece curiosa; detengo el Jeep, me bajo y me acerco a ellos. Hace años que no venía por este camino abandonado, hace años que no visitaba la finca de Sergio. Bien puede esperar unos minutos, me digo, y perdonar al periodista que siempre hay en mí.

De cerca, confirmo que son mineros. Los rayos del sol refulgen en todas partes menos en sus cascos, tan viejos y oxidados que carecen de fuerzas para reflejar cualquier cosa. Los mineros no mueven un músculo cuando me acerco a ellos, no pestañean, miran a través de mí. Sus pies de abarcas destrozadas se hallan encima de huesos blanquinegros. Descubro que yo también estoy posando mis pies sobre huesos: de todos los tamaños y formas, algunos sólidos y otros muy frágiles, pulverizándose al roce de mis zapatos. En mi corazón se instala algo parecido al pavor.



Las minas fueron cerradas hace más de siete años. Muchos mineros entraron en huelga, pero al final terminaron aceptando lo inevitable y marcharon hacia su forzosa relocalización, a las ciudades o a cosechar coca al Chapare. ¿Podía ser, me pregunto, que la noticia del fin de la huelga no hubiera llegado hasta ahora a los mineros de esta mina? La región de Sergio progresó con la inauguración del camino asfaltado, y aquí quedaron, abandonados, esta mina y el camino viejo.

Les pregunto qué están protestando.

Silencio.

Después de un par de minutos insisto, esta vez tartamudeando, acaso dirigiendo la pregunta más a mí mismo que a ellos. Y entonces veo un leve movimiento en la boca de uno de ellos. Un par de músculos faciales se estiran, quiere decirme algo.

Pero el esfuerzo es demasiado. Boquiabierto, veo el quebrarse de la reseca piel de las mejillas y el pesado caer de la pancarta; luego, el rostro se contrae sobre sí mismo y la carne se torna polvo y se derrumba y del minero no queda más que un montón de huesos blancos y secos.

Pienso que es hora de no hacer más preguntas, de reemprender mi camino, de aparentar, una vez más, no haber visto nada.

---



---

## AMOR, A LA DISTANCIA

Anoche, mientras salía de mi departamento con dos botellas de vino tinto entre las manos, se me ocurrió, Viviana, que tú jamás sabrías de ese pequeño detalle si yo decidiera no contártelo. Las botellas de vino tinto, la sonrisa en los labios, el aire de expectativa ante la inminencia de una fiesta que prometía mucho y efectivamente cumplió: pequeños detalles que tú quizás jamás sepas, así como yo no sé de tantos pequeños detalles tuyos. Dicen que las relaciones son precisamente esas minucias que nos pasan mientras estamos ocupados haciendo o diciendo cosas importantes, y lo nuestro es una ausencia de minucias, nos contamos algunas cosas pero no es suficiente, esa es la naturaleza de la relación a la distancia, tres o cuatro meses de hablar por teléfono una o dos veces por semana, en general quince minutos y en el mejor de los casos media hora, si tenemos suerte una buena conversación y si no los inevitables malentendidos, las frases a medias, las diferencias de tono (cómo importa el tono de voz en el teléfono, la forma es más importante que el fondo) porque a veces uno se siente muy cerca de la otra persona y la otra no y viceversa, así hasta el



reencuentro y el regreso de las minucias al menos por un tiempo, hasta la próxima separación.

En la fiesta conocí a una chica española, Cristina, había llegado a Berkeley por dos semanas a visitar a su hermana. Hubo una conversación trivial, hubo un par de sonrisas sugerentes y vino tinto y cerveza, hubo el contagioso merengue de Juan Luis Guerra y de pronto, Viviana, me encontré bailando con exaltada pasión. La estaba pasando muy bien y por ese momento pude olvidar el *allá* y el *futuro*, los diversos territorios y tiempos en los que uno habita en una relación a la distancia, y concentrarme en el *acá*, en el *ahora*. Luego me sentí culpable, como siempre me siento cuando la paso bien sin ti, cuando me dejo llevar por el ruido del mundo y descubro que también puedo ser feliz en tu ausencia. Para alguien que nunca dudó de ninguno de los mitos que generaciones pasadas nos legaron acerca del amor, esa verdad produce angustia y amargura: porque uno cree literalmente en los mitos y cuando descubre el amor piensa que es cierto, uno no puede vivir sin el ser amado, sin ese ser al lado hay insomnios continuos y una desgarrada, quieta desesperación (lo que tienen que soportar las almohadas) y a veces no tan quieta. Angustia y amargura,



porque uno descubre que puede vivir sin el otro ser, la impiadosa vida continúa y hay que sobrevivir, de algún modo hay que ingeniársela para construir un mundo en que la otra persona esté pero no esté, sea imprescindible pero no sea imprescindible. Y así, Viviana, nuestro gran amor se convierte en un amor más, un amor que pudo no haber sucedido aunque nosotros creamos que el destino nos tenía reservados el uno para el otro, un amor lleno de debilidades y olvidos y traiciones como el de tantos otros, un amor que después de todo es lo único que tenemos y es lo único que nos va a redimir de una vida llena de debilidades y olvidos y traiciones.

Cuando te llame el domingo, comenzarás por contarme lo que hiciste esta semana, un par de veces a comer salteñas al Prado, con tus amigas, el miércoles a las Torres Sofer con tu mamá, lo demás rutina, amor, sabes lo aburrida que es Cochabamba. Luego me dirás que me extrañas mucho y me preguntará qué hice esta semana. Y yo también te diré que te extraño mucho y te narraré la historia de esta semana. Será una narración despreocupada, con un tono casual de voz, quizás palabras diferentes a las del anterior domingo pero siempre el mismo mensaje, por aquí no pasa nada, sin ti no pasa nada, me aburro mucho y me siento solo y no veo



la hora de volver a verte. Si tuviéramos una relación libre sería diferente, podríamos contarnos las cosas que hacemos, con quién salimos y etcétera, pero el problema es que ninguno de los dos puede aceptar una relación así, nos creemos modernos pero no tanto, hemos decidido que si hay verdadero amor hay fidelidad y confianza, con nuestras palabras hemos creado un amor en el que no podemos fallarle al otro, en el que ambos valoramos muchísimo la fidelidad y confiamos muchísimo en el otro. Hemos creado una pareja que está muy por encima de nuestra realidad, y ninguno quiere ser el primero en destruir esa imagen. Es verdad que me siento muy solo y no veo la hora de verte, pero no es verdad que no pase nada (siempre pasan cosas). Te diré que el viernes fui a una fiesta, que estuve hasta temprano y pensé mucho en ti, que sentí mi soledad magnificada ante el espectáculo de tantas parejas felices juntas, amor, odio la relación a la distancia pero lo hago sólo por ti, tú vales la pena cualquier sacrificio. Y es verdad que tú vales la pena, que no te quiero perder. Pero tampoco te puedo contar muchas cosas porque sin secretos ninguna relación subsistiría: imposible tolerar la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Cómo contarte, por ejemplo, que después de la medianoche besé a Cristina en el balcón





con un ardor que no sentía hace mucho. Cómo contarte que un par de horas después, en el jardín y protegidos por las sombras, Cristina deslizó su mano derecha entre mis ropas hasta encontrar lo que buscaba, y cuando lo encontró no lo soltó hasta que yo tuve que pedírselo por favor, era tanto el placer y luego el dolor. Cómo contarte, Viviana, que Cristina y yo, ebrios y olvidados de todo excepto de los dos, nos fuimos a mi departamento y allí nos embarcamos en un viaje de jadeos y temblores hasta el fin de la noche.

Pero, ¿existieron alguna vez los amores perfectos? Quizás en la relación a la distancia existan personas que actúen a la altura de las circunstancias, que piensen imposible fallarle al otro por diversas razones, acaso por amor, acaso porque no quieren fallarse a sí mismos. Es, después de todo, una prueba de carácter, de fortaleza moral. Pero la mayoría de nosotros somos bajos, no estamos a la altura de las circunstancias, la otra persona no está cerca y uno tiene tanto tiempo libre, las tentaciones acosan sin descanso y una cosa lleva a la otra y la carne es tan, tan débil. El primer paso es muy difícil, las cosas están tan frescas todavía, uno va a una fiesta y el rostro y la piel y las palabras del ser ausente están con uno todavía, por favor, prométeme que jamás me fallarás, te amo tanto tanto. Y uno se



siente tan orgulloso de ser fiel, Viviana, de saberse respondiendo a la confianza depositada, seguro que tú algún rato también sentiste lo mismo. Pero después, uno se aburre y hay tanto tiempo libre, uno va cediendo poco a poco, uno llama a esa morena de la linda sonrisa que uno conoció por azar (el azar es culpable de todo, de las pequeñas aventuras, de los grandes amores) mientras aguardaba al bus, la morena de conversación superficial y nombre poético, Soledad, pero uno se olvida poco a poco de la conversación superficial y se acuerda de la linda sonrisa y del nombre poético, y una noche uno está estudiando y el estudio aburre y el teléfono tiente, por qué no, no pasará nada, charlar no es un pecado. Así, casi imperceptiblemente, se inicia la cadena de pequeñas traiciones. Con la morena no pasará nada, quizás un café (la conversación superficial) y un par de leves insinuaciones y el miedo inmenso de que esas insinuaciones sean tomadas en serio, no pasará nada, pero después uno está más predispuesto para la próxima, ojalá que sea una persona muy interesante, después será el fugaz enigma de Sofía y cuando uno llega a darse cuenta del territorio en que ha ido a parar ya es tarde, ya es muy tarde.

Mis amigos dicen que en realidad no estoy enamorado, si lo estuviera no sería capaz de hacer lo que hago. Sin embargo, Viviana, pienso que ya



he pasado la etapa de la visión maniquea del mundo, pienso que puedo ser capaz de amarte mucho, y acaso aún más que antes, al mismo tiempo que suceden las cosas que suceden aquí. Sería acaso mucho más fácil para mí que una cosa excluya a la otra, pero no, una cosa es el amor y otra la necesidad, nuestra inherente fragilidad, la hermosa espina de la tentación, el miedo que tenemos a quedarnos solos, lo fácilmente que estamos dispuestos a desprendernos de nuestros principios por unas horas de ternura y placer, un instante de compañía. Una cosa es el amor y otra la distancia, o al menos eso es lo que creo ahora, eso es lo que quiero creer ahora, quizás cuando estemos juntos de una vez por todas y para siempre las cosas sigan así, de vez en cuando la tentación, de vez en cuando la fragilidad, tampoco es una cosa o la otra, la distancia o la cercanía, las pequeñas traiciones pueden aparecer en ambas situaciones, el amor puede continuar con pequeñas traiciones en ambas situaciones.

Y no soy ingenuo, y sé que lo que hago lo puedes estar haciendo tú también, quizás tu ida a la discoteca el anterior fin de semana, con tus amigas, haya acabado en las faldas del San Pedro, la silueta recortada del Cristo de la Concordia en la cima, con el fondo de la suave música que

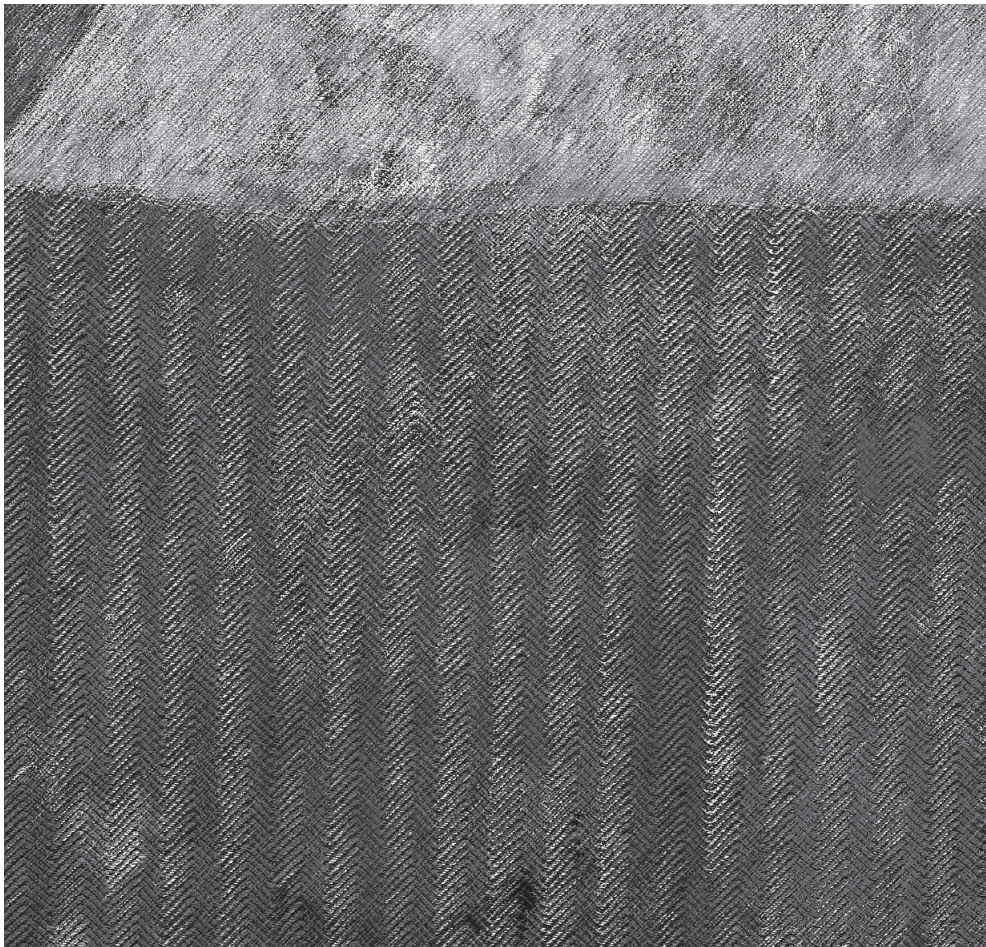


emanaba de la radio del auto del desconocido de ojos negros con el que te cruzaste al ir al baño, pensaste qué hermosos ojos y así comenzó todo. No soy ingenuo, y probablemente tú tampoco lo seas, pero lo cierto es que estamos atrapados por nuestras propias imágenes de lo que queremos pero no podemos ser, y no podemos decir ciertas cosas, no podemos confirmar ciertas sospechas, todo está bien entre los dos mientras no digamos en voz alta (o acaso un susurro baste) todas aquellas cosas que sospechamos y preferimos no oír. Para seguir, debemos continuar con nuestro secreto a voces. Apenas alguien abra la boca, se romperá el encantamiento.

Por eso jamás te enviaré esta carta. Preferiré publicarla en el suplemento literario de algún periódico, escudado en la ficción. Y cuando alguna de tus amigas que haya leído el cuento te pregunte cómo puedes seguir conmigo después de mis públicas admisiones, tú me defenderás y le dirás que no confunda la realidad con la fantasía, le dirás que ese es el precio de enamorarse de un escritor. Pero quizás algún rato te venga la duda, y me confrontes y me pidas que te diga con toda sinceridad si hay algo autobiográfico en ese cuento. Y yo recordaré el momento en que lo escribí, este momento, las once de la mañana en mi habitación, Cristina todavía



durmiendo en mi cama, con la respiración acompasada y lejos de mí y del mundo, el perfecto cuerpo desnudo, la perfumada piel canela, y recordaré haber hecho una pausa antes de terminar de escribir el cuento, una pausa para admirar el cuerpo desnudo, y te diré sin vacilaciones que no, ese cuento no tiene nada autobiográfico, ese cuento es una ficción más, todo lo que se relaciona conmigo es, de una forma u otra, ficción.



---



---

## EL ACANTILADO

A las cinco de la mañana el padre despertó al hijo y le dijo que se vistiera, había llegado la hora. Con los ojos soñolientos y la voz entrecortada, el niño vio ese rostro barbado, esa mirada azul y penetrante, y le dijo que no quería ir. Había hablado con su madre la noche anterior, y ella le había dicho que no tenía que hacerle caso en todo a él; le había dicho incluso que si él no quería no tenía que quedarse con su padre los fines de semana.

El padre le agarró el brazo con firmeza y le dijo: ¿Y qué es eso de no querer quedarte conmigo? Tu madre no sólo se va con ese imbécil, ahora te mete ideas para que no te vea más. Vístete.

El niño se levantó y, mientras se sacaba el pijama y se ponía los jeans y las zapatillas de tenis, se preguntó qué había sido primero. Si su madre había dejado a su padre cuando él comenzó a hablar de platillos voladores, o si el padre había comenzado a hablar de platillos voladores una vez que la madre lo dejó. Cuando ella se fue de la casa, él dijo que la ciudad era muy chica para los dos y dejó su trabajo y vendió la casa y compró una cabaña a tres horas de la ciudad, a quinientos metros del acantilado. Había vistas



espectaculares del mar, pero la región era desolada y el niño odiaba los fines de semana en que era el turno de estar con su padre; no había televisión en esa cabaña, ni computadora ni videojuegos. Sólo podía leer y jugar juegos de mesa, cosas que no le llamaban la atención.

Salieron de la cabaña. El padre, alto, fornido y con un sombrero de *cowboy*, agarraba al niño del brazo; el niño tenía una chaqueta de cuero, sentía la brisa fría, la piel se le erizaba. En su cabeza rondaban las historias que su padre le había contado desde niño, las sirenas y los dragones que habitaban el mar. Eran tiempos legendarios los de los relatos del padre, pero, ¿quién podía asegurar que en las profundidades del mar no existían esos peligros? En las últimas semanas, para colmo, el padre se había puesto a hablar de una espera al borde del acantilado, de una luz que los iluminaría y unos extraterrestres que les transmitirían el secreto del universo. Serían otros después de ese encuentro.

El niño no creía en esas historias, pero, ¿qué le quedaba? No había manera de oponerse a su padre. Fingiría que le hacía caso, mientras, en silencio, rezaba y contaba los minutos para que pasara ese momento. Cuando volviera a la ciudad, le diría a su madre que no quería volver a pasar los fines de semana con su padre.





Llegaron al borde del acantilado. Era un espectáculo imponente, el verde turquesa del océano conjuntado en el horizonte con ese azul profundo del cielo, mientras las nubes se abrían como expectantes. Quizás era verdad lo que decía su padre, pensó por un segundo para luego descartarlo.

El niño miró hacia abajo y lo visitó una sensación de vértigo. Sería mejor levantar la vista, o cerrar los ojos.

El padre dijo: eres lo más hermoso que tengo en la vida, hijo. Te extraño mucho cuando no estás conmigo.

Yo también te extraño, dijo el niño, pero en sus palabras no había convicción.

Y también eres lo más hermoso que tu madre tiene en la vida, continuó el padre.

Ya lo sé, dijo el niño.

Vio a su madre esperándolo al salir del colegio, apoyada en la puerta de la camioneta, los brazos cruzados prestos a abrirse apenas fuera a su encuentro. Entonces comprendió. Intentó soltarse de su padre, quiso darse la vuelta y correr, pero no pudo.





TEMBLOR—DEL—CIELO

*A João Guimarães Rosa, que conoció a la niña de allá*

La niña comenzó a hablar poco después de que su padre se fuera de la casa para unirse a la rebelión de Orlewen. Se llamaba Rosa y era pequeña y de ojos enormes, la cabeza tan grande que alguna vez su madre había sugerido, preocupada, que quizás fuera hidrocefálica. El padre, esa noche, le dijo que no exagerara, los niños eran así, algunas partes se desarrollaban antes que otras, todo era desajuste y desencuentro. La madre volvió a la carga, insistiendo en que no era normal que ella hubiera cumplido cuatro años sin llorar nunca y mucho menos pronunciar una palabra que se pudiera entender. Esos silencios le roían el alma. Ella misma había sido una llorona, en uno de sus primeros recuerdos estaba en la parte trasera del rikshö de su abuelo, él dando vueltas a la plaza del distrito para ver si ella se calmaba después de dos horas de llanto ininterrumpido. Además la enloquecía esa costumbre de Rosa de irse a una esquina de la sala principal y quedarse ahí sentadita, jugando con una muñeca de trapo o viendo las paredes, extrañada, como si estas respiraran. Ni los juegos de su hermana



mayor la distraían de su ensimismamiento. El pequeño granjero le dijo que a él también le pasaba algo así, cualquier insecto u objeto que veía con detenimiento en la propiedad se ponía a latir, sobre todo las calabazas que cultivaba con tanta dedicación, era un efecto de las cosas o de la mirada o quizás del encuentro de las cosas con la mirada. En cuanto al silencio, solo era cuestión de tiempo, se saltaría la etapa de los balbuceos y cuando hablara lo haría en frases complejas. La madre no se desprendió del rosario mientras hablaban. No lo convencería de llevar a Rosa al médico. Era parte de su fe y ella lo había aceptado así. Con el tiempo, hasta se había convencido de que era lo correcto. La naturaleza del mundo: buscar soluciones sin artificio. Desatino todo lo demás.

Vivían en las afueras de Nova Isa, en un distrito conocido como Temblor-del-Cielo. Los vecinos los respetaban por su capacidad para el trabajo, pero no se metían con ellos porque eran una familia kreol diferente. Juntaban, ecuménicos, a Dios con Xlött, y llevaban a cabo, tres veces por semana, ceremonias nocturnas con cánticos y jün. Al distrito habían llegado noticias del levantamiento de Orlewen, y si bien algunos creían en el Advenimiento, era más fuerte el miedo a las represalias de los



pieloscura. Poco después se supo que el granjero convocó a una reunión secreta en la que proclamó que había llegado el tiempo del mundo dándose vuelta. Los shanz visitaron la casa y los interrogaron. El granjero negó a Orlewen una y otra vez. Al día siguiente desapareció, dejando solas a la madre y a sus hijas. Decían que se había unido a la rebelión.

Una tarde Rosa comía un plato de calabaza al horno bañada en miel cuando se puso a pronunciar palabras que a su hermana Ágata, que estaba junto a ella, no le sonaron irisinas ni del dialecto que se hablaba en la región ni de ninguno de los lenguajes de los pieloscura. Seidel, dijo la niña en un acento remoto, como si ella también acabara de llegar de Afuera. Cheiro, dijo, y Ágata se rió, pensando que era mejor cualquier palabra a ese silencio que había avanzado aun más con la partida del padre. La madre vino corriendo, a instancias de Ágata, y se puso a escuchar las palabras que Rosa pronunciaba. Palabras que salían como una explosión de agua desde el centro de la tierra. Seidel cheiro, dijo la madre, y agarró el tenedor y le dio un pedazo de calabaza en la boca. No era bobita su hija. Tenía razón él, solo necesitaba un sacudón. Tu ausencia a cambio de su voz. Rosa rio con una risa imprevista y la madre se asustó, aunque no tardó en recuperar la calma.



Esa noche Rosa llamó *Niña grande* a su madre. La madre, entusiasmada, salió a buscar a algún vecino para contarle lo que ocurría. Ágata la acompañó. En la oscuridad la madre distinguió la silueta de dos shanz caminando por la calle de tierra, como si con su sola presencia fueran capaces de disuadir a los kreols e irisinos de Temblor-del-Cielo de sumarse a la insurgencia. Iba a entrar a la casa cuando descubrió a Rosa detrás de ella, en el jardín. La niña señaló a las estrellas, y dijo, con una claridad de espanto, *Estrellitas altas, tiritan. Todo naciendo*. La niña rio, y la madre la abrazó y la besó. Las hormigas caminaban en fila india por el sendero que daba a la calle, y Rosa concluyó: *hay que saber seguir*. Los glimworms iluminaron el jardín posándose sobre una enredadera, y la niña dijo, *están llenos de luz*, señalándolos con el dedo.

Tú estás llena de luz, mi niña, dijo la madre.

Fueron días de jugar con las palabras. Si un pájaro dejaba de cantar, Rosa decía *el pajarito desapareció del ruido*. Si encontraba una hormiga muerta en el jardín, la alzaba y decía, *te visitaré antes de desrecordarte*. Salían a su terreno, descuidado desde la partida del padre, con calabazas pudriéndose en esos días de sol pleno y sequía, y ella se paraba entre los



cultivos y decía *algo se sobresalta abajo y viene a vernos*. Los lánsès que se posaban en el techo de la casa eran los *señores visitas*, y cuando comía algo que le gustaba, decía *la vida es*. A la llegada de la noche ella la llamaba *lo oscuro hace su nido*.

Hubo días en que Rosa regresó al silencio. Para volver a despertar sus palabras, a Ágata se le ocurrió mostrarle un holo del padre. Uno de cuando la familia había ido a la feria de los globos aerostáticos, en una planicie encerrada entre montañas, y el globo que alquilaron, de colores sangre y azul, subió y subió al cielo ante la agitación de la niña, que no dejaba de señalar una luz que tiritaba en el firmamento, como si algo o alguien la esperara allá. La niña habló entre risas, dirigiéndose al holo: *voy a visitarte*. La madre intervino: *él volverá antes de que tú vayas*. No es un hombre de guerra, se cansará pronto. La niña la miró con sus ojos burlones. Poco después comenzaron los milagros. Rosa volvió a su refugio en una de las esquinas de la sala, y dijo:

Quiero visitas.

Al rato una plaga de boxelders invadió la casa, cayendo por las ventanas, asomándose por las hendidias del techo, apareciendo por entre las alacenas.



Los boxelders se dirigieron en busca de la niña y la rodearon sin tocarla. La madre y la hermana contemplaron pasmadas lo que ocurría. Los boxelders no tardaron en desaparecer.

Al poco tiempo la madre se enfermó y debió quedarse en cama con fiebre, acompañada por una prima lejana que vivía en otro distrito de Nova Isa, cerca de la prisión. La madre pasaba noches de agobio, rechazando los remedios que le ofrecía la prima y alternando sus rezos a Dios y a Xlött. La prima le había dicho que esos rezos eran una herejía, debía decidirse por uno o por otro. Si seguía así ella no pensaba quedarse más noches en la casa. También le sugirió que entregara a la niña al monasterio de los defectuosos. Me pone nerviosa su silencio. Hay algo roto en su cabeza.

Entonces la niña se acercó a la madre y se echó sobre ella. La madre sanó en menos de un minuto. Temerosa, la prima se fue después de que la madre le pidiera que guardara el secreto. No habría monasterio para su niña, y tampoco quería que vinieran a quitársela.

A la mañana siguiente un vecino le ofreció una suma irrisoria por la propiedad. La madre lo echó de la casa tirando un portazo. Pensó que algo debía hacerse al respecto. Si no era alguien del distrito, vendrían las





autoridades a confiscarle ese valioso pedazo de tierra. Se le ocurrió que quizás no necesitaban de ayuda para que los cultivos reverdecieran. Habló con Rosa y le dijo, implorante:

Hay que intentar no vender la propiedad. Unas palabras tuyas obrarán el milagro.

Rosa se puso a correr por la casa y saltar en el jardín. *Quiero un arcoiris*, dijo, y esa tarde apareció en el cielo un arcoiris. *Quiero pájaros verdes*, dijo, y en vez de los lánsès se posó en el techo una sarta de loros bulliciosos que hacían un alto en su viaje a un valle cercano. La niña volvió a sentarse en su esquina y la madre dijo:

Pide cosas prácticas, niña. Con arcoris y loros no iremos a ningún lugar.

Rosa permaneció inalterada. La madre pidió más cosas: se acababan la leche, el arroz, la carne, los dulces, las frutas. La niña sonrió, los ojos cerrados, como si escuchara ahí adentro, en su ensimismamiento, una voz que no era la de su madre.

Esa misma noche Rosa enfermó. No paraba de temblar. La malaria, decían, había llegado a Nova Isa. La madre dudó, esta vez sí, acerca de su rechazo a los doctores. Quizás convenía llevarla a una posta sanitaria. Al



final no pudo con sus creencias, y armada de su rosario se puso a rezar a Dios y a Xlött. La niña, en su cama, dijo:

Quiero visitar a mi pa. Desencarnarme pronto, y que me dejen en el jardín, junto a las hormigas, para que me vean los pajaritos verdes y los arcoíris.

Rosa pidió a su hermana que limpiara el cuarto de todo objeto. La silla, una cómoda y una repisa fueron trasladadas a la sala; los juguetes y la ropa se amontonaron en la cocina. Desde su cama, Rosa contempló durante horas, como en estado de trance, esa pieza vacía, de piso crujiendo y paredes agrietadas. La madre y la hermana la veían expectantes, procurando no interrumpirla. La madre soñaba con que su niña volvería de allá con el deseo de ayudar a que la casa no se perdiera.

La niña volvió en sí. He visto a pa, dijo, y se puso a llorar.

Contó que estaba tirado entre unos matorrales, en el valle de Malhado. Una bomba había destrozado su pecho y su cara. Ella estuvo ahí, a su lado, hasta que él no pudo más y se desencarnó.

La madre insultó a Xlött y a Dios y lloró junto a Ágata. Rosa les pidió que se callaran.



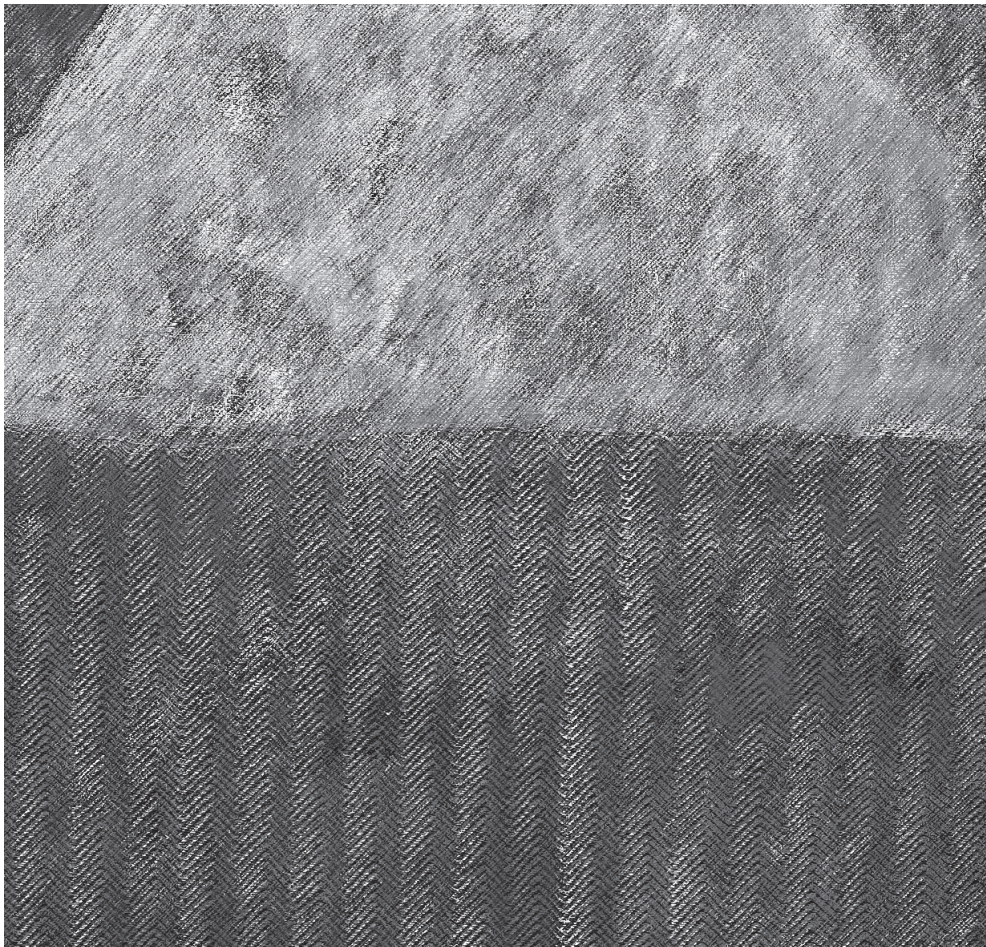
Construiré la casa más hermosa del mundo, dijo. Me iré a vivir allí con pa y las esperaré.

La madre la miró, incrédula, pero no pudo decirle nada porque la niña había vuelto a entrar en trance.

Al cuarto día Rosa salió del trance para decir una sola palabra:

Yastá.

La niña nunca más volvió a pronunciar palabra. Se quedó en cama con una sonrisa, al cuidado de su hermana. Meses después, cuando ya no pudo más, la madre decidió hacer caso a su prima y entregó a Rosa al monasterio de los defectuosos. El atardecer en que le anunciaron que le confiscaban la propiedad, salió al jardín y, serena, mientras observaba el parpadeo de los glimworms, se detuvo en un pensamiento: la niña no las había ayudado. Así fue como Rosa dejó de ser su hijita en gloria, la santa niña.



---



---

## ARTIFICIAL

El día en que a mamá la declararon artificial llovió toda la mañana y Randal y yo nos miramos sin saber bien qué hacer. No había sido lo esperado, después de gestiones de semanas en la Oficina de Reclasificación, complicadas porque tuvimos que hacerlas los dos solos ya que papá, el muy tembleque, huyó al enterarse nel hospital después de la primera operación que las heridas eran tan severas que con toda probabilidad mamá iba camino a convertirse en artificial. Lo habíamos intentado por todos los medios, largas colas desde la madrugada pa entrar a ese edificio atestado de gente en los pasillos y sin un buen sistema de ventilación, las ventanas tan pequeñas que uno se sentía en zona de guerra. Mañanas y tardes que no conducían a nada, porque se caía el sistema o lo estaban actualizando y nos pedían volver al día siguiente. Veíamos en las caras el drama por venir o el ya concluido, la esperanza o el dolor o la esperanza y el dolor cuando un hermano o esposo era declarado artificial o quizás no. Un melodrama continuo y agobiante del cual no podíamos ni queríamos escaparnos.



Cuando nos tocó la última parte del trámite, nuna oficina en la que una mujer muy maquillada escribía sin mirarnos rodeada de cuadros de pájaros silvestres dibujados con precisión hiperrealista, Randal y yo, humildes, solícitos, le presentamos los documentos que mostraban lo buena y dedicada que había sido mamá con la raza, una humanita ejemplar, siempre de buen humor, con palabras de aliento pa los demás. Una militar típica no, había organizado un club de lectura nel barrio, jugaba fut21 con los niños. Una heroína de guerra tu, eso debía contar p'algo. Aquella vez que la enviaron al puesto de observación en Malhado salvó a su patrulla de la muerte, se dio cuenta de la emboscada que preparaban los hombres de Orlewen y en vez de avisar a los demás se puso ella sola a combatir. Mala suerte que un mes después, de regreso a la ciudad, a las puertas del mercado, ella hubiera querido ayudar a la anciana tirada en la calle que aparentaba ser víctima dun infarto. De cuclillas junto a la anciana, dictaminó que no había peligro, y otros miembros de su unidad se acercaron confiados. La bomba que la anciana tenía pegada nel bodi explotó nese momento, hubo cuatro soldados muertos, y mamá quedó tan maltrecha que sus hijos debíamos esforzarnos pa salvarla dun destino de artificial.



Esa mañana la mujer que nos atendió en la Oficina de Reclasificación y nos comunicó la decisión final dijo que habíamos actuado de acuerdo a las reglas, el archivo con todos los documentos había sido leído y discutido por los miembros del comité. Mencionó que al comité le llamó la atención que a su edad ella hubiera estado de patrulla. Conté que la enviaron durante un tiempo a hacer trabajo de oficina mas ella misma pidió su cambio porq'extrañaba sus días patrullando por la ciudad, sacrificándose por defendernos. Intensa, dijo ella, desdén en la voz. No sé por qué se quejan, le va a encantar ser artificial. Insistimos en que podíamos traer testigos pa q'ellos se reunieran con el comité y los convencieran de no hacer lo que pensaban. La mujer nos miró ya lista pa pasar a otro tema. No entendía tanta pelea por seguir considerando humana a mamá. Ser artificial podía y debía considerarse un ascenso, ellos tenían muchas más ventajas que los humanos, eran más eficientes y se les daban los mejores trabajos. Inyecciones de hormonas constantes los tenían nun excelente estado físico, y su memoria, ah su memoria, era purgada de traumas que podían afectar a su buen desenvolvimiento futuro. Vean lo obvio, plis. Cuestión de encender los noticieros, observar quiénes realmente están a cargo.



Una cosa son los artificiales nacidos así, dijo mi hermano, y otra los humanos reclasificados en artificiales. No se trata de mejor o peor sino de ser lo que uno ha sido siempre.

Los artificiales tienen humanidad tu, dijo ella, de dó el estigma.

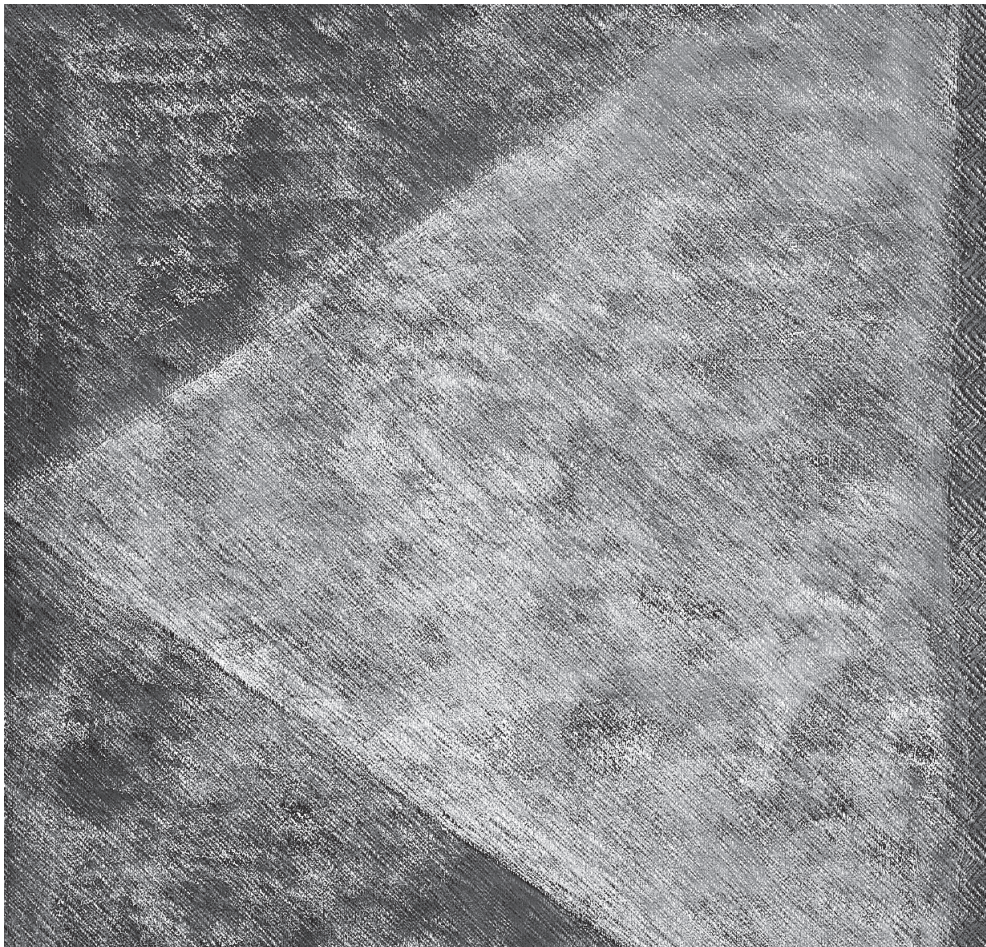
Son otra categoría, dije, pa qué ser ellos si mamá está bien siendo nos.

Si hubiera una guerra entre humanos y artificiales, dijo Randal, mamá estaría del lado de ellos, y eso no lo podría aceptar.

La mujer nos mostró su brazo mutante y dijo q'ella era 12% artificial y a veces soñaba con cortarse el otro brazo o quizás incluso dañarse un pulmón pa que le pongan otro sintético, o tirarse ácido a los ojos pa que su porcentaje de artificial subiera y, quién sabía, fuera reclasificada. Muchos habían hecho esas cosas, nos sorprenderíamos. Basta d'exageraciones, dijo, no habrá guerra, no ven que trabajamos juntos, todos queremos lo mejor pa la región.

De modo que nos fuimos derrotados, y luego jugamos piedra papel tijera pa ver quién se lo comunicaba a mamá.







La habitación nel hospital no era de las mejores mas tampoco se podía culpar a nadie, habían sido meses de convalecencia y al comienzo le tocó una amplia y luminosa mas luego se debía dejar espacio a los nuevos heridos y así terminó neste rincón ófrico cerca de las salas de fisioterapia. Cuando llegamos a buscarla los enfermeros ya habían preparado su bolsón y estaba lista pa irse. Curioso verla, todavía no me acostumbraba. Los doctores habían hecho un trabajo admirable de reconstrucción. Ese rostro quemado, ese pecho cruzado por vidrios y metales, esas piernas desaparecidas, habían sido reemplazadas de la mejor manera posible, de modo que ahí estaba un ser que se parecía mucho a mamá mas no era ella del todo.

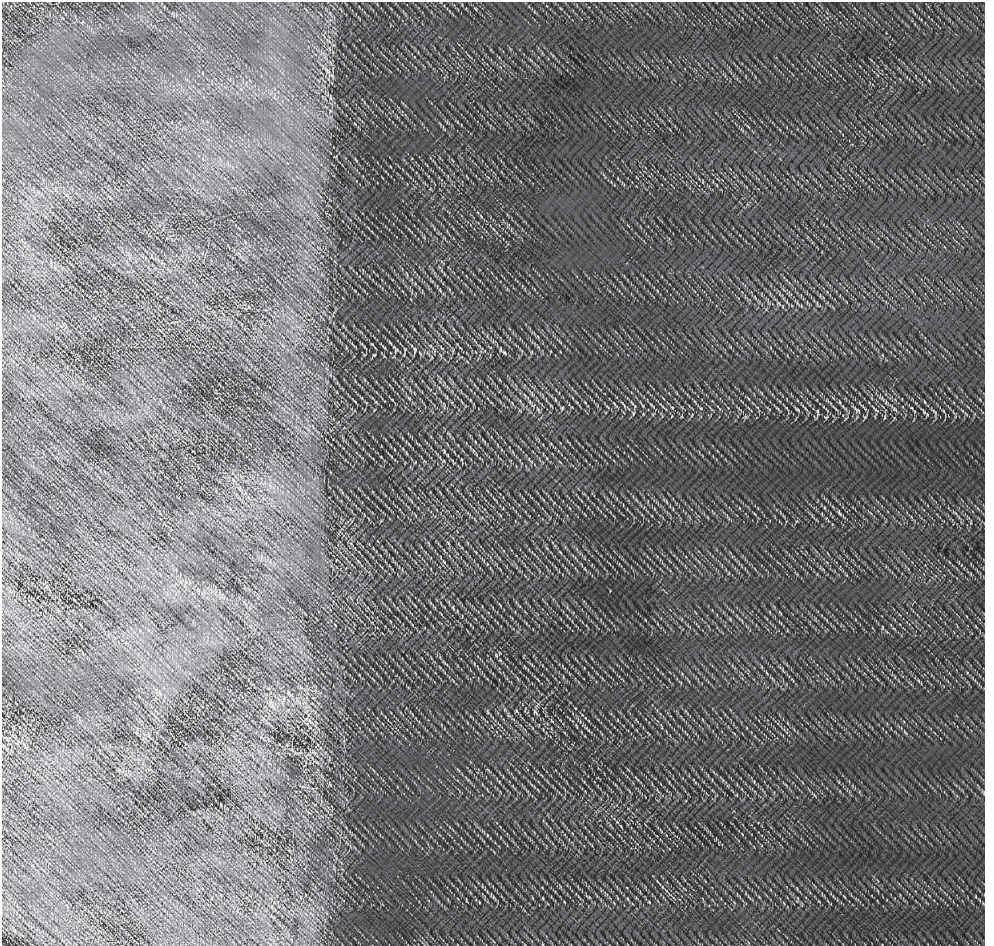
Se levantó de la cama. Sus pasos firmes y enérgicos de antes habían dejado lugar a unos vacilantes, de modo que llegamos primero donde ella estaba y la abrazamos.

Nos miró buscando un asomo de esperanza en nuestros gestos, que no hubo, y un ojo rígido me recordó en qué lado de su bodi la bomba la había estragado. Preguntó por papá y hubo palabras que no se acordaba y otras que le salían guturales y no entendíamos. Recordé frases del informe del comité de Reclasificación. Si no hubiera habido daño neurológico, decía, la



reconstrucción habría arrojado un 34% de artificialidad según los algoritmos, con lo que mamá hubiera seguido siendo humana. Mas la explosión quemó partes del cerebro, su memoria de larga duración fue afectada y su forma de procesar el lenguaje y comunicarse tu, con lo que los reajustes numéricos elevaron la artificialidad al 48.7%. Mamá podía ser tanto humana como artificial. En casos como estos, tan cercanos al punto intermedio entre ambos destinos, el comité podía tener potestad pa' ajustar los números, y después de días de debates se decidió que, como la memoria iría empeorando con los años, era mejor clasificarla de una vez como artificial. Nos quejamos, hablamos con los abogados, dijimos que podíamos aceptar el resultado científico mas no una decisión final en la que las impresiones personales del comité introducían un elevado grado de arbitrariedad nel destino de mamá. Otro comité podía haber llegado a otras conclusiones, decidido q'ella era no más humana. Sólo un abogado nos dio esperanzas. Pidió que lo buscáramos cuando saliera del hospital. Iría a los medios, armaría un escándalo. Mamá todavía podía ser humana. Yo la veía nel hospital y ya nostaba muy segura.

Mamá preguntó por papá nel viaje en auto a casa, bajo una lluvia pertinaz que anegaba las calles. Randal le dijo que no había noticias. Movió





la cabeza como si no creyera que él hubiera sido tan desalmado como pa dejarla, huir de la ciudad con ella todavía nuna sala de operaciones. Un gesto humano, de debilidad, ese movimiento de cabeza, me dije, mas qué sabía. Quizás eso estaba programado, quizás, como nos habían dicho, fuera imposible que mamá en su versión artificial se traumara ante la partida de papá. Debía informarme más.

Mi rabia se dirigió a papá, desaparecido sin dejar siquiera una nota. Dóstaría. El destino lo encontraría y le haría pagar su incapacidad pa estar a la altura de la situación. Mamá recordó a Pendiente, qué Pendiente, un gato con el que jugaba de niña cazando libélulas nel jardín, dijo, y a Panchito, qué Panchito, Randal y yo nos miramos, un loro hablador que podía insultar en tres idiomas, dijo. Recordó a sus padres, los abuelos que no conocí, tan dedicados al trabajo q'ella apenas los veía los fines de semana. Se había criado con una nana, Nancy, que le hablaba del demonio como si fuera un amigo de todos los días. No fue de las que se vino por falta de oportunidades en su vida sino por la promesa de aventura. Algunos iban a monasterios budistas a los pies del Himalaya, otros a comunidades que vivían en equilibrio con la naturaleza nel Amazonas, ella y sus amigos





se vinieron aquí. Tiempos hermosos en que tanto desajuste nos hacía buscar nuevos horizontes, dijo, emocionada, alejarnos de lo conocido, reinventarnos. En que explorar nos hacía ser lo que éramos.

Si lo ves desde esa perspectiva, dijo Randal desempañando con la mano la ventana, den podrías explorar tu nuevo ser tu. Eso sería lindo.

Es diferente, dijo ella. Ser artificial no te convierte notra forma de ser humano. Eres otra cosa, estás notro bando.

No es así, dije, recordando las palabras de la mujer, ellos y nos luchamos juntos, somos del mismo bando.

Querrás decir ustedes y yo, dijo mamá.

Nos y ustedes, corregí, y me sonó raro. Tú siempre serás una de nos, no importa lo que diga un comité.

Me detuve ante un semáforo rojo. Ella lagrimeaba. No era del todo una artificial, pensé, no todavía, el trauma la seguía golpeando, mas el médico dijo que con el tiempo eso cambiaría. Mencionó nuevamente a Panchito y a Pendiente, quería afirmarse en las cosas que la habían hecho humana, las que le decían mejor que otras q'ella era ella y no lo que decía un comité. El semáforo cambió a verde y sentí que algo funcionaba mal. Mamá nunca



antes había mencionado a Panchito y a Pendiente, y tampoco a esa nana Nancy que según ella le hablaba del demonio en la infancia. O quizás era que algo funcionaba bien. Sí, por supuesto. Le habían reconstruido la memoria tu.

Lo bueno de todo esto es que sólo los íntimos lo sabrán, dije esa noche en su cuarto mientras le llevaba la cena, y quise creer en esa frase, eso era lo que yo quería, no era mi intención que nel trabajo me vieran como hija de, de quién, de qué, ya no sabía. Un cuarto muy grande, que papá se había ido. Ella estaba en la cama y trató de tomar la sopa sin ayuda mas le costaba, debía hacer tres horas de fisioterapia al día, sería un largo período de recuperación. Sí, sólo los íntimos, dije, no hay un letrero en tu frente que diga q'eres una artificial. Quise sonar optimista: de hecho si se enteran tendrás mejores oportunidades de trabajo. No es necesario ningún letrero, dijo mamá, pa que todos sepan lo que yo sé. Repitió la frase porque hasta ella misma dudaba de que la entendiéramos. Su voz sonaba gruesa, impostada. Es una cuestión intuitiva, dijo. Algunos oficiales me han engañado nel Perímetro, en algunos casos he dudado, mas en general





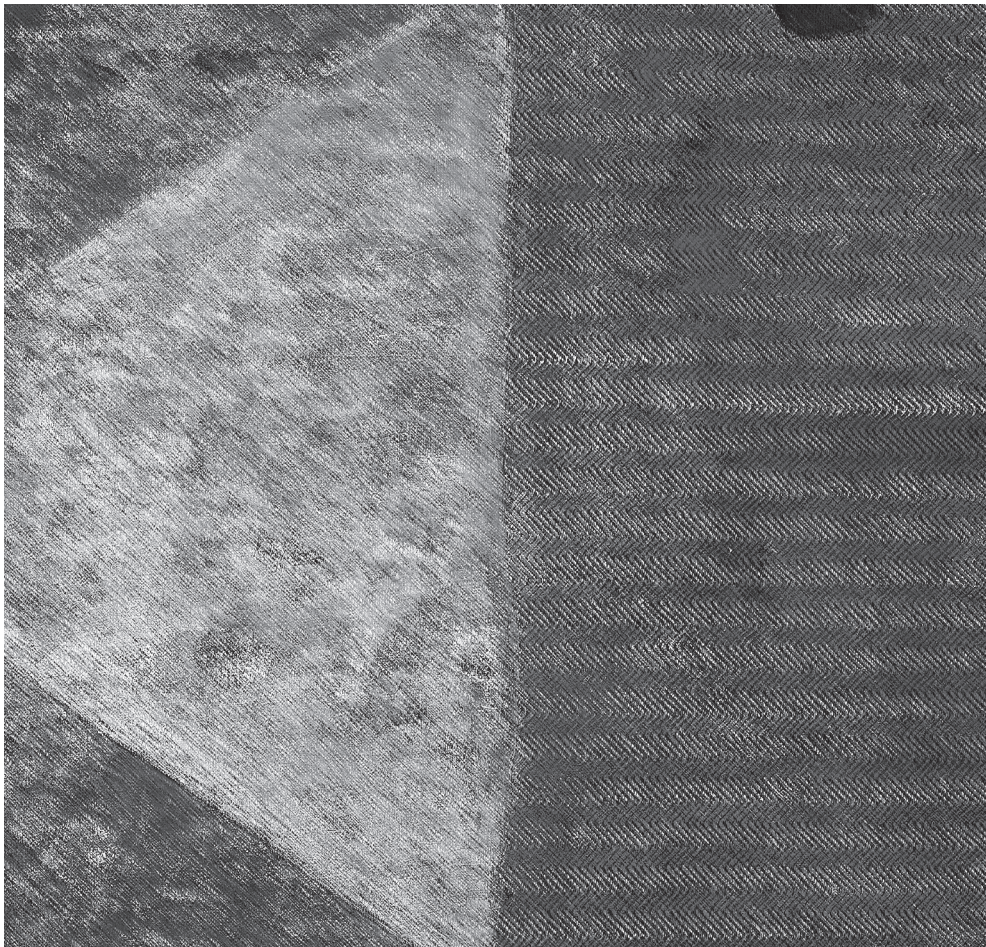
sé quién es y quién no. No comenté nada mas sabía q'ella estaba en lo cierto, quizás décadas de convivencia con las máquinas nos habían creado un sexto sentido, incluso cuando comenzaron a parecerse a nos físicamente algo siempre las delataba. O quizás no y eran mis supersticiones, lo que quería creer.

Me quedé en silencio acompañándola mientras cenaba, un poco incómoda, observándola manejar sus manos con torpeza, sorprendiéndome al ver cuán difícil era, por el momento, una rutina diaria. El doctor dijo que nun par de meses volvería a la normalidad. A una nueva normalidad, en todo caso.

Esa noche no pude dormir. A las tres de la mañana encendí la lámpara del velador y cayó sobre mí toda la inmensidad de lo ocurrido. Era como si mi corazón se hubiera detenido por unos minutos, angustiada.

Caminé por los pasillos de la casa tratando de no hacer ruido pa no despertar a Randal y me pregunté qué sería de papá e intenté comprenderlo. Era difícil pa todos.

Me acerqué a la puerta entreabierta del cuarto de mamá. Estaba dormida o al menos eso parecía. Di tres pasos dentro de la habitación,





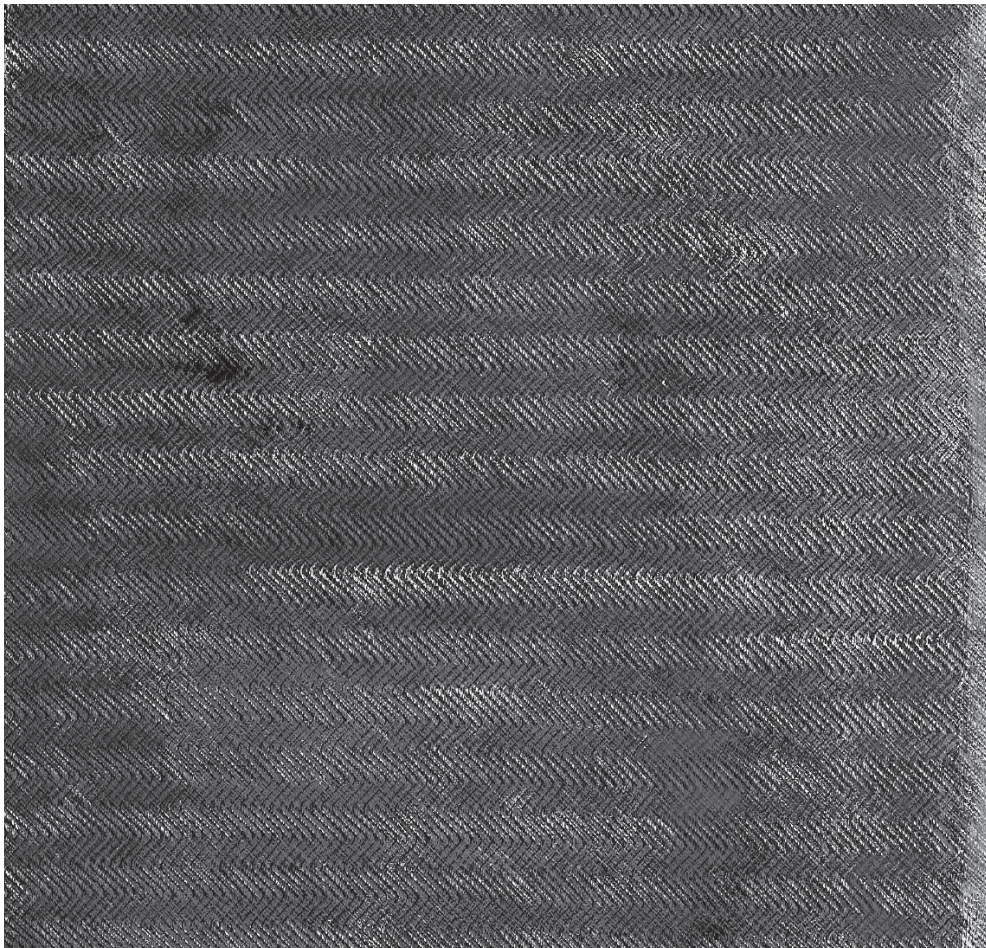
como p'acercarme a abrazarla, y me detuve, preguntándome si hacía lo correcto. A través de la ventana se oía el rumoroso chillido de los grillos. Recordé una excursión al bosque de pinos negros en las afueras, a los siete años, con papá y mamá y Randal. Estaba segura de q'eso no me lo inventaba.

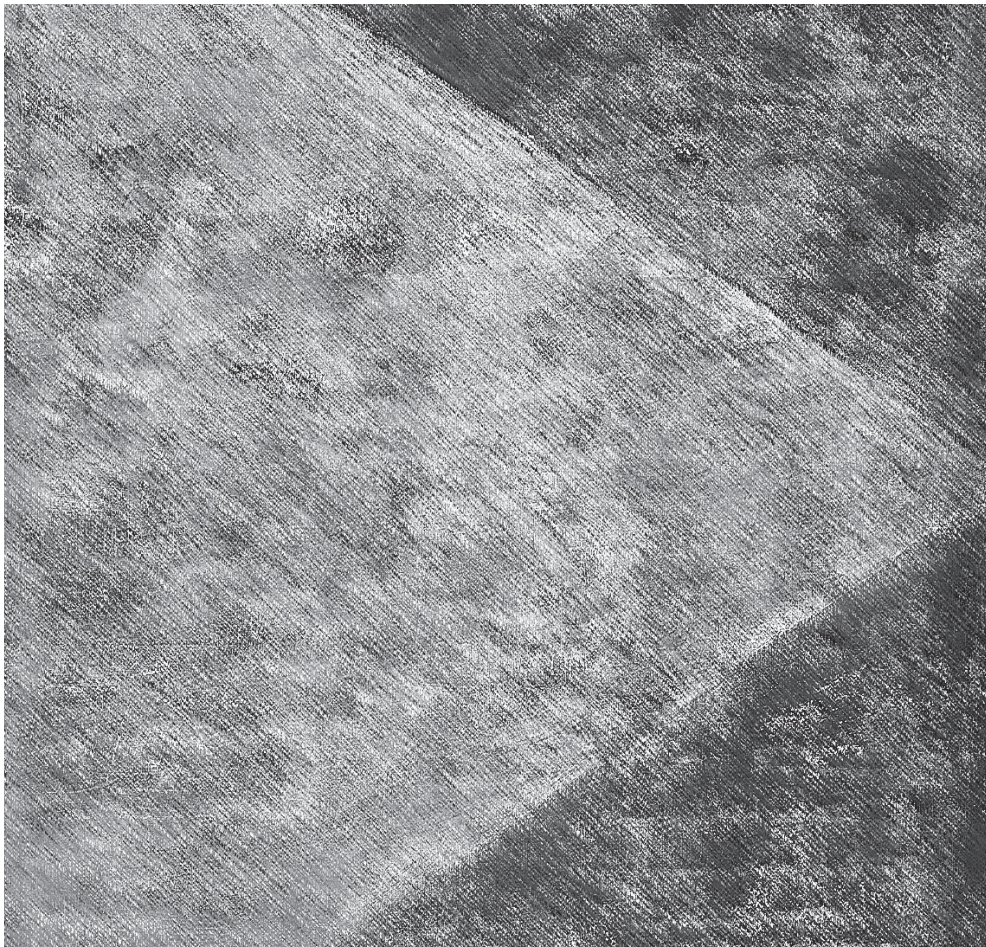
Volví a avanzar hasta ponerme al lado de su cama. Ningún movimiento de parte suya, ella que solía tener el sueño ligero. Quizás era el cansancio de los últimos días o los analgésicos. O quizás no.

Sí, eso era.

No podía abrazarla.

Quizás era tiempo, pa mí tu, de preparar la huida.









Producción y edición: **Carolina Domínguez**

Grabación y edición: **Gabriela Jiménez**

Dirección de Literatura UNAM

Diseño: **Vicente Rojo Cama**

Formación: **Guadalupe Silva Sámano**

Portada: **Vicente Rojo • *Triángulo sobre rojo* • 1964**



Edmundo Paz Soldán. *Temblor—del—cielo y otros cuentos*, de la serie Voz Viva de América Latina (VVAL-49) de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 22 enero 2020, en Offset Santiago, S.A. de C.V., Parque Industrial Exportec, Toluca, Estado de México, se produjo en Grupo Grovercom, S. de R.L. de C.V., Camino a San Mateo 114-A-205, Santiago Occipaco, Naucalpan, Estado de México.

Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 grs. Se utilizaron en la composición tipos Garamond (10/14), Bodoni (7/9), Gill Sans (11/13 y 17/19), Frutiger (5/7). Impresión en offset. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carolina Domínguez.